

facer la sed insaciable de la avaricia vivísimamente provocada. Estos dos obstáculos, el uno moral y el otro material fueron los que pusieron límites la mal. Pero ni en el uno ni en el otro tuvo parte alguna la intencion de quien despojaba; así es que todo lo que dejó de padecer la moral pública no fué en virtud de las leyes de espoliacion de la Iglesia, sino á pesar de estas mismas leyes, pues lo que se hizo en virtud de ellas fué ofrecer la riqueza sin que nada costara á los que quisieran apoderarse de ella. En cuanto es de por sí ¡hasta qué punto podría esta conducta desmoralizar á la sociedad!

2.ª El despojo de la Iglesia se ha hecho por actos que importan una inmoralidad del todo injustificable aun supuesta la ley y la práctica de la tolerancia religiosa. Porque la tolerancia religiosa deja libertad para tener la religion que se quiera, para abandonar la que antes se ha profesado, y tambien para no tener ninguna religion; pero de ninguna manera puede entenderse que establecida la tolerancia quede autorizado el hombre para unir la profesion pública de una religion con el desprecio público y la infraccion pública de las leyes de la misma religion. Esto es tan inmoral, tan repugnante, que no solo no puede jamas tener disculpa legítima, sino que no es posible excusarlo ni aun con los mas frívolos pretextos. El que tiene una religion falsa, podrá decir que la considera verdadera; aun el que no tiene ninguna religion podrá decir que en su juicio ninguna tiene pruebas convincentes y que por esto no admite ninguna. Mentirán tanto el uno como el otro y mentirán con todo conocimiento, pero al fin podrán decir algo, sea lo que fuere, en defensa ya de sus errores, ya de su falta absoluta de religion; pero absolutamente no encontramos que pueda alegar en favor de su conducta el que hace profesion pública de su religion y públicamente la vilipendia y quebranta sus preceptos. Pues esto es lo que han hecho los que sin dejar de profesar públicamente el catolicismo se han apoderado de los bienes de la Iglesia. Su conducta es absolutamente inexcusable. ¿Cómo se podrá conciliar la creencia de la divinidad de la Religion con el desprecio y la desobediencia de la misma Religion que se reconoce como divina? No hay medio: ó estos católicos no creen la divinidad de su religion ó están convencidos de ella. Si no creen que su religion sea divina, entonces al profesarla en público son hipócritas y engañadores. Si creen que su religion es divina y por esto la profesan, entonces dán pruebas públicas de una profunda inmoralidad, cuando obran contra una enseñanza y contra una ley que ellos mismo llaman divinas y reconocen que deben venerar y obedecer como emanadas de Dios. La inmoralidad es evidente y de todo punto inexcusable. Pues esta moralidad quedó autorizada con las leyes que despojaron á la Iglesia; y no solo fué autorizada, sino que se incitó á incurrir en ella exigiéndola para poder tener la riqueza con que se brindó, y fué premiada con la misma riqueza. De un solo golpe se ha echado por tierra el respeto público que se debe á la Religion, á la moral y á los principios de conciencia, y se ha provocado la mas ruinosa de las pasiones para llevar adelante un designio. ¡Desgraciada la sociedad que se quiere hacer feliz por estos caminos!

[Continuara]

PRESB. AGUSTIN DE LA ROSA.

NOTICIA BIOGRAFICA DEL SR. ALCALDE, OBISPO DE GUALAJARA.

(Reproducimos la que con este mismo título publicó hace algunos años en esta ciudad el Sr. D. M. Otero. Como debemos ponerle algunas notas, para que se distingan de las que son propias del autor, van de letra cursiva las que agregamos.)

NACIO ANTONIO ALCALDE en Cigales, pueblo inmediato á Valladolid de España, á 16 de Marzo de 1701: sus padres no le legaron ni un nombre ilustre ni una posicion ventajosa en la sociedad; mas dirigieron de tal suerte la sensibilidad exquisita de que lo habia dotado la naturaleza, hácia los sentimientos religiosos, y le inspiraron tales hábitos de frugalidad y moderacion, que se puede considerar muy bien á la educacion que recibió, como el fundamento de su gran destino.

Apenas entrado en la juventud, los placeres y el bullicio tan gratos á esta edad, no sedujeron á su alma elevada que buscaba una felicidad mas sólida; y á la edad de 17 años tomó el hábito de Sto. Domingo en el convento de S. Pablo de Valladolid, donde profesó y recibió los sagrados órdenes. Dedicado á las ciencias análogas á su carrera, la exactitud de su raciocinio y la elegancia de su discurso admiraron tanto á sus superiores, que desde el año de 1727 hasta el de 1753, estuvo encargado de enseñar filosofía y teología escolástica; mas ni su mérito literario ni la pureza ejemplar de sus costumbres admiraban tanto como su beneficencia. Hacer bien á los hombres era una necesidad que su corazon habia recibido de la naturaleza y que la religion fomentaba y dirigia: cuantos bienes le pertenecian, todo aquello de que podia disponer y las limosnas que su elocuencia bienhechora arrancaba de los ricos, eran el tesoro de los infelices y de los desgraciados, á quienes muchas veces daba aun los vestidos que le eran absolutamente indispensables: sus servicios personales no eran menos preciosos que sus socorros: lloraba con los desgraciados, asistia personalmente á los enfermos, y nunca se le vió omitir con el infortunio consideracion alguna que pudiera aliviarlo. Esta era su ocupacion en Valladolid y principalmente en el convento de Balverde, situado cerca de Madrid, donde ya libre de cualquiera otra atencion, podia consagrar todas las horas del día á sus gustos favoritos, *la oracion y la beneficencia.*

En medio de este genero de vida, sin haber visitado nunca la antesala de los ministros, ni pretendido jamás honores y consideraciones, el humilde prelado recibió en 1761 sus despachos para la mitra de Yucatan, á que lo habia presentado Carlos III: (1) creyó el episcopado superior á sus fuer-

(1) No hemos podido averiguar qué motivos impulsaron á este monarca á fijar su eleccion en un hombre tan extraño en la corte como el Sr. Alcalde: acerca de esto hemos oído referir generalmente, y aun á personas de muy juiciosa critica, un hecho que exponemos sin ser garantes de su verdad ó falsedad. Se dice que cazando un día el rey en las cercanías de Balverde, entró al convento para descansar un rato y sorprendió al prior en su celda, donde no tenia mas muebles que una tarima, un silicio colgado en la pared, algunas imágenes y una mesa con un tintero y una calavera: que este aparato devoto unido al exterior modesto y humilde del Sr. Alcalde, le hizo una impresion tan profunda, que la primera vez que se ofreció presentar para una mitra, dijo á su ministro: "Nombre vd. al fraile de la calavera precisamente." †

zas, y despues de haber procurado renunciarlo, obedeció la voz del ministro general de su orden, que le mandaba se conformase con la suerte que le deparaba la Providencia. Así lo hizo, y ya consagrado en 1763 abandonó su patria, y atravesando el océano en una edad tan avanzada, partió para su diócesis. Doscientos años antes, un religioso tambien dominico habia surcado los mismos mares para llevar al Nuevo Mundo los consuelos y los beneficios del Cristianismo: á Alcalde no tocaba ya como al inmortal Las Casas, luchar delante del trono con bárbaros conquistadores para economizar la sangre de sus hermanos; mas tenia que suavizar la suerte de las generaciones ya esclavizadas, y que oponer á la obra de la barbarie y la tirania los esfuerzos de la ilustracion y la caridad. ¡Tarea no menos difícil que llenó en cuanto le era posible!

Llegado á Yucatan, se dedicó ardentemente á procurar el bien de sus diócesanos: en el corto espacio de seis años habia ya visitado dos veces el territorio de aquella península y penetrado hasta sus mas mortíferas costas, con peligro de su vida y contra la expresa prohibicion de los médicos, promovido por todas partes el culto, dotado las iglesias, fomentado la educacion pública, aliviado un sinnúmero de desgraciados, y enseñado con sus exhortaciones y mas aún con el ejemplo la moral mas sublime, cuando fué llamado para la celebracion del cuarto concilio mexicano.

En aquella congregacion de obispos y de doctores famosos, presididos por el célebre Lorenzana, el Sr. Alcalde se distinguió por sus esfuerzos para sistemas reformas útiles y piadosas que quedaron sin efecto, por no haber sido aprobadas las determinaciones del concilio, ni en España ni en Roma. (a)

Al terminar sus tareas recibió su promocion al obispado de Guadalajara, á donde llegó el mismo año de 1771.

Lo primero que llamó su atencion, fué la educacion pública que se hallaba en el mayor abandono; en las escuelas, los jóvenes apenas conseguian aprender á leer y escribir no mas que lo necesario para hacerse entender; y la enseñanza de los establecimientos científicos se resentia mucho de su estado infantil y de la poca ilustracion que habia en aquel tiempo. (b)

El Sr. Alcalde estableció dos escuelas para hombres y una para niñas, todas decentemente dotadas: repartió centenares de libros elementales, pre-

Si tal fué la feliz circunstancia que colocó al Sr. Alcalde en la silla episcopal, la anécdota es digna del monarca y del religioso.

(a) En aquel tiempo no se podia ocurrir directamente de la América á Roma para la aprobacion de los concilios sin que interviniera la España. Mas este 4.º Concilio Mexicano no tuvo aprobacion en el Consejo de indias.

(b) En nada rebajamos el mérito del Sr. Alcalde con manifestar que no estamos conformes con la pésima idea que aqui y tambien adelante dá su biógrafo sobre la educacion primaria y científica en Mexico. En la primera época de «La Religion y la Sociedad» nos ocupamos de la instruccion pública en México desde el tiempo de la conquista; y es muy digno de ser leído sobre esta materia el escrito del Sr. Lic. Castellanos publicado en tiempo del Imperio, el cual se ocupa por extenso de la instruccion pública en México en el tiempo de la dominacion española, y no solo en lo relativo á los hombres, sino tambien á las mujeres. En ese escrito sin embargo, se emitió una opinion desfavorable á los indios, la cual luego combatimos.

miaba los adelantos y la aplicacion de los jóvenes, y recompensaba generosamente los esfuerzos de los profesores.

Dotó tres cátedras en el colegio de S. Juan, aumentó el número de las que habia en el Seminario, mejoró la dotacion de las existentes, y constantemente mantuvo en ambos establecimientos un gran número de estudiantes pobres, que sin sus socorros nunca hubieran recibido educacion literaria.

La Universidad ya instalada no tenia recursos, y por consiguiente servia de muy poco; mas el Sr. Alcalde no solo le procuró buenos profesores, sino que le donó sesenta mil pesos, y consiguió de la corte que se le aplicasen los bienes de temporalidades de los extinguidos jesuitas.

Mas sus cuidados por la educacion pública se extendian principalmente á aquella porcion preciosa de la sociedad, destinada á formar los encantos domésticos y la felicidad privada: todas las imágenes son débiles para expresar la malisima educacion que las niñas recibian en aquel tiempo; y al Sr. Alcalde debemos las mejoras que sentimos, y las que si no son tan numerosas y excelentes como podia esperarse, es preciso considerar que luchaba no solo contra preocupaciones generales, sino tambien contra ideas en que las familias fundaban groseramente su honor y su reputacion. Hemos dicho que fundó una escuela para niñas; esta se hallaba al cuidado de unas pobres beatas que sin mas rentas que el trabajo de sus manos, habian formado una especie de institucion monástica y se dedicaban á la educacion y enseñanza de las niñas; el Sr. Alcalde conoció cuanto provecho se podia sacar de este establecimiento dirigiéndolo y dotándolo: y á poco tiempo las beatas de Sta. Clara se vieron trasladadas á un espacioso y cómodo edificio, disfrutando para su conservacion la renta de noventa y una casas, edificadas lo mismo que el colegio, por los cuidados y con las rentas del Obispo. [a] Allí, hasta hoy, las jóvenes á quienes faltan recursos ó que algun peligro amenaza, encuentran una educacion, que garantizando su virtud, les proporciona tambien ventajas sociales: á mas de todas las labores propias de su sexo, que se les enseña con un primor asombroso, aprenden á leer, escribir y contar; y si este, como los demas establecimientos fundados por el Sr. Alcalde, no están en el estado que demandaran las luces del siglo, es necesario tener muy presente el tiempo en que fueron fundados, y que posteriormente no han recibido mejora alguna. Tambien auxilió y reformó al colegio de S. Diego, y en ambos mantuvo durante su vida muchas colegialas, dejando fundadas doce ó quince becas de merced que hasta hoy subsisten.

Un suceso desgraciadamente memorable vino á suspender por algun tiempo sus tareas, y concentró sus cuidados paternales: la hambre y la peste que con tanto furor desolaron las poblaciones el año de 86, parece que desafiaban la caridad del Sr. Alcalde á que fuese de alguna utilidad á sus diócesanos.

Ya los rigores de la esterilidad que se experimentó en los años anterior-

(a) En la actualidad solo existe el edificio material de este colegio; porque el mismo colegio fué disuelto por la reforma, su escuela pública y su Iglesia fueron cerradas, y el edificio sirve ahora de hospital militar.

res, le habian hecho presentir el mal, y aunque conoció que era enteramente imposible evitar del todo sus funestos estragos, se consagró á disminuirlos en cuanto le fuera dado: por las poblaciones en que el mal era menos amenazante, distribuyó grandes sumas para que comprando con tiempo semillas y efectos de toda necesidad, los repartieran en el momento oportuno; y en Guadalajara prestó á las autoridades cien mil pesos para que acopiáran maiz y lo vendieran al costo: mas quedaban innumerables infelices sin recursos, que no podian proporcionarse la subsistencia por barata que fuese, y que parecian condenados á una muerte tan cierta como horrosa; la piedad del prelado los salvó. Desde que el hambre se declaró, estableció en los cuarteles de la ciudad depósitos de víveres que se repartian diariamente, y á mas costeó dos cocinas donde ya preparados los alimentos, se ministraban á todos los que los pedian. En medio de una atmósfera contagiada, respirando los miasmas de los cadáveres é impregnándose del aliento de los infelices que llenaban las calles de la ciudad pidiendo pan, el Obispo á pié y con los ojos humedecidos, recorría todos los barrios y penetraba hasta el sucio lecho de los moribundos, repartía en persona y con un celo infatigable, alimentos, medicinas, abrigos y vestidos. Si alguna vez sus pies no tocaron los umbrales del infeliz, no era porque sus auxilios le habian faltado, sino porque su modestia lo escondia á la gratitud, ó porque juzgaba su presencia embarazosa á los que no estaban habituados á subsistir del amargo pan de la limosna. ¡Cuántas familias que preferian la muerte á la vergüenza de alargar la mano públicamente, ó al reposo de la almohada de un lezareto, recibieron de su beneficencia ingeniosa auxilios que no sonrojaban, y tales como los exigian las necesidades de su educación!

Al mismo tiempo que se auxiliaba á la poblacion contra el hambre, era necesario socorrer á los apestados por la fiebre que hacia iguales estragos: el Sr. Alcalde puso hospitales en el convento de S. Juan de Dios, en el Hospicio y en el colegio de S. Juan: agregó otros dos órdenes de camas al que habia en el convento de los Belemitas, y puso enfermerías en las piezas destinadas á la escuela y aun en las celdas de los religiosos: con estos auxilios y el celo y cuidado del Sr. Alcalde, inútil es decir que millares de infelices debieron la vida á su beneficencia.

Mucho tiempo hacia que meditaba los inconvenientes de un hospital colocado en el centro de la poblacion, reducido con todas sus oficinas y campo-santo á una area de sesenta varas cuadradas y abandonado á los cuidados de los padres belemitas; (a) pero en la peste quedó convencido de que era un lugar mil veces mas nocivo que favorable á la sanidad; y entonces, aunque lleno de enfermedades y en la avanzada edad de 87 años, concibió un proyecto digno de su alma elevada, capaz por si solo de colocarlo en el número de los grandes bienhechores de la humanidad y el que debia eternizar su memoria. Pidió licencia para edificar á sus expensas un magnífico y espacioso hospital en el lugar mas adecuado de la poblacion, y con todas las ventajas artisticas y científicas que entonces se conocian. En efecto,

(a) Debe advertirse que era muy edificante la caridad de los belemitas para con los enfermos.

el día 26 de Febrero de 1787 se tomó posesion del terreno y se delineó sobre un espacio de 760 varas de largo y 580 de ancho, la fábrica del hospital de S. Miguel, que cuatro años despues quedó concluida, y es hasta hoy el mas grande y suntuoso edificio de esta ciudad y uno de los mas bellos que la adornan. A mas de siete hermosas salas, con mas de mil camas para enfermos, tiene un cómodo departamento para dementes, una oficina de botica, celdas para religiosos y unas viviendas tan amplias, que habitando allí todos los dependientes, quedan la mayor parte vacias. Contiene tambien una iglesia y un campo-santo capaz de contener los cadáveres de todos los que mueran en la ciudad, sin perjuicio alguno de la salubridad pública. A mas del dinero que gastó en habilitar al hospital de todo lo que necesitaba, le dejó para su conservacion muchas casas que habia edificado para poblar la parte Norte de la ciudad, y algunos ranchos que le compró. Hoy pocas de estas fincas subsisten; un establecimiento tan útil se vé privado muchas veces aun de lo necesario, y varias ocasiones se ha anunciado que será preciso cerrarlo por falta de recursos. ¡Tal es la triste suerte de pueblos regidos por gobiernos que desentendiéndose de los verdaderos intereses de la nacion, se consagran enteramente á cuestiones de palabras! (a)

Hemos hecho una ligera y sencilla reseña de los beneficios que la humanidad debió al Sr. Alcalde. ¿Pero su beneficencia se limitaba á los enfermos y á los niños? ¿El ardor con que dedicaba todas sus facultades á estos objetos justamente atendidos, lo hacian olvidar otra clase de desgraciados? Su alma era muy grande, y su virtud elevada no conocia límite alguno: jamas un infeliz lo hizo confidente de sus males, sin que su mano caritativa no le aprontase el remedio; La viuda lo vió sustituir al esposo que lloraba, y dar á sus abandonados hijos la subsistencia y la educacion: el huérfano no extrañó con él ni las caricias ni los cuidados paternales; y el desgraciado á quien un evento imprevisto puso al borde de la miseria y el oprobio, despues de haber sufrido la esteril compasion del poderoso, halló un hombre que le conservara su reputacion y subsistencia, sin pensar siquiera en la gratitud debida á sus beneficios. Se consideraba sin derecho alguno para convertir en su provecho las pingües rentas que disfrutó, y á las que veía como un depósito sagrado perteneciente á los pobres de cuya inversion creía deber dar una tan estrecha cuenta, que llevó un libro de gobierno en el que asentaba minuciosamente todo lo que gastaba: en el se vé la enorme suma de 75,545 ps. 6 rs. repartidos en limosnas, [1] á mas de muchas que se sabe hizo y no se hayan anotadas en él.

Los objetos de policia merecieron tambien su atencion, y en diversas

(a) El hospital habria desaprecido sin el cuidado y los gastos que posteriormente hicieron en él los Diocesanos de Guadalajara. En la actualidad, aunque se quiere que figure como establecimiento civil, su conservacion y su buen estado se han debido tanto al empeño que por él ha tenido el clero, como á la solícitud de las hermanas de la caridad.

(1) Para dar una idea mas exacta de lo que exponemos en esta biografía, damos al fin un reducido extracto de las cantidades anotadas en él.

partidas gastó como 11,000 ps. en composición de calles y caminos, á mas de 600 ps. que daba anualmente para la cárcel y casa de recojidas.

Aunque gastos tan exorbitantes como los que hemos enunciado parecen agotar sus recursos, promovió tambien el culto de la Divinidad, en cuyo nombre hacia tanto bien, con un celo comparable á su ilustracion en elegir las parroquias mas pobres y los conventos mas necesitados para invertir en ellos el dinero que dedicaba á un objeto tan sagrado. El convento de Capuchinas, el de Jesus Maria y la parroquia de Mexicalzingo, fueron concluidos y mejorados por sus trabajos, y á mas auxilió y mandó limosnas no solo á la mayor parte de los conventos de su diócesis, sino á muchos de otras partes.

Se habrá entendido ya que la parte Norte de la ciudad, antes casi desierta, habia sido poblada con las diez y seis manzanas de casas que fabricó para el Beaterio y hospital de Belen; y como este nuevo barrio careciese de Iglesia, el Sr. Alcalde lo erigió en curato y fabricó el Santuario de la Virgen de Guadalupe. En su última disposicion dejó tambien los sobrantes de sus rentas (que se graduaron en 80,000 pesos) á favor de la fábrica del Sagrario de la Catedral.

Dedicadas sus rentas á tantos objetos de utilidad pública, inútil es decir que lo que gastaba en su persona era muy poco. No solo no mantenía el lujo y la magnificencia que las personas elevadas á una grande dignidad conservan; sino que su trato era mucho peor que el de una persona de regulares comodidades. Constantemente andaba á pie, y solo se servía de un coche viejo y maltratado para sus viajes, ó para cuando tenia mucho que andar dentro de la ciudad: nunca tuvo alhaja ni cosa alguna adornada con oro ó plata; el interior de su vestido era de manta fabricada en el pais, y la cama en que descansaba de sus trabajos era una zalea á raiz del suelo, con una tarima de cabecera y una frazada por único abrigo.

Ni la pompa de su palacio, ni los officios cuidados de sus familiares, detuvieron al infeliz que se asombraba al ver tan pobre y escaso de comodidades á aquel que elevaba suntuosos edificios y derramaba por todas partes la abundancia.

La frugalidad de su mesa era igual á la que habia observado siendo religioso; ayunaba escrupulosamente los siete meses del año que prescribe la religion dominica, y no comia otra cosa que legumbres y una que otra carne cocida: á unas habitudes tan moderadas debia sin duda la robustez de su salud en una edad tan avanzada; pero al fin era necesario que su vida preciosa terminara, y los trabajos excesivos que habia impendido en el año de la peste debilitaron tanto su salud, que ya no volvió á tener un dia sin achaques hasta el 6 de Agosto de 1792 en que su alma inmortal voló al seno del Eterno. Su muerte fué, como su vida fervorosa y filantrópica.

Tal es la historia de sus beneficios: comparando á este religioso humilde y oscuro con los demas españoles que vinieron al Nuevo-Mundo, sus virtudes solo pueden ponerse en paralelo con las de aquel Las Casas, con quien lo hemos comparado, y cuyos nombres podrán confundir las generaciones futuras.

En la pared del lado izquierdo del presbiterio del Santuario que edificó en Guadalajara, se halla embutida la urna que contiene sus restos; y cual

los monumentos fúnebres de la edad media, su efigie representándolo en actitud de orar é hincado sobre la lápida del sepulcro, es todo el adorno que se ve en él. (a)

Nada hay allí que excite la atencion del viajero ni atraiga las miradas del artista: con todo, no puedo describir la grande sensacion que llenó mi alma la primera vez que visité el sepulcro. La arquitectura gótica del edificio me recordaba los siglos del heroismo y las virtudes generosas; y al abrirse la urna fúnebre, las facciones todavia enteras de aquel hombre venerable, me representaban un no sé que de grande y sublime: creia ver el emblema de la eternidad en los restos de un justo; y al instante, sin pensar en ello, recordé aquel dia en que mis ojos atentos se fijaban tambien en los despojos del conquistador. ¡Qué impresiones tan diversas y cuán mezquino me pareció el monumento de Cortés comparado con el que regaba con mis lágrimas! La gloria y el valor manchados con el fanatismo, (b) la traicion y el asesinato, me hacian compadecer á una alma tan grande dirigida por un corazón tan perverso; pero aquí todos mis recuerdos eran gratos y deliciosos, y apacibles y púras todas mis sensaciones. Respirando el ambiente de un cuerpo en que se alojaron tan sublimes virtudes, deseaba con el aliento concentrar en mi corazón aquel depósito mil veces mas precioso que el genio de los artistas y el talento de los grandes escritores.

EXTRACTO de las partidas que aparecen en el libro de gobierno del Sr. Alcalde, invertidas por este prelado en objetos de beneficencia. A saber:

En el hospital de Belen invertidos en su fábrica.	\$ 265,168 3 rs.
En la fábrica del Beaterio, dotacion de la escuela y el capellan y construccion de las casas que le donó.	70,440 0
En la de la parroquia de Guadalupe y la de 158 casas accesorias que la donó.	240,835 0
En promover la educacion primaria y científica de niñas.	113,700 0
En limosnas.	75,544 6
En donaciones á catedrales y parroquias pobres.	27,015 0
En id. á conventos pobres de religiosos.	10,700 0
En id. á las Capuchinas y Jesus Maria, para su fábrica y mantencion.	41,626 0
En id. á otros conventos de religiosos.	4,450 0
En objetos piadosos como misas, aniversarios, funciones, etc.	44,000 0
En id. de policia.	11,030 0

A la vuelta. 904,509 1

(a) Despues de reformado el altar mayor del Santuario, se tiene el sepulcro del Sr. Alcalde al lado del Evangelio, cubierto con una lápida de mármol en que se lee una inscripcion latina:

La efigie del Sr. Alcalde se halla inmediata al sepulcro, en punto elevado y en la actitud que la describe el biógrafo. No hay ningun otro ornato.

(b) Si por fanatismo se entendieren aquí los officios que hizo Cortés por la Religion, como pedir misioneros etc: no podemos mirar en esto una mancha; antes bien reconocemos que el Catolicismo inspiró esos buenos sentimientos en el corazón del conquistador.